

LUIS MARÍA CAZORLA PRIETO



Doctor en Derecho, Catedrático de Derecho Financiero y Tributario de la Universidad Rey Juan Carlos, Abogado del Estado, Letrado de las Cortes Generales e Inspector de los Servicios del Ministerio de Hacienda y Administraciones Públicas. Actualmente es Secretario General y del Consejo de Bolsas y Mercados Españoles y Presidente de Cazorla Abogados. También es Vicepresidente del Consejo Editorial de Aranzadi Thomson Reuters y Académico de Número de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación.

Autor de más de treinta libros jurídicos, también lo es de dos libros de relatos y cuatro novelas, la última *Las semillas de Annual* (Almuzara, 2015). Tiene en preparación la novela *El general Sanjurjo prefiere Sevilla*.



ZUM LUSTIGEN WALFISCH

AZAÑA Y LA BALLENA ALEGRE

I

No era que su condición de presidente del consejo de ministros y ministro de la Guerra no le dejara tiempo para divagaciones. No era su inclinación al retraimiento y a la palabra cortante con los muchos a los que desconsideraba intelectualmente. Tampoco era un desmedido ego o, al menos, no solo eso. Manuel Azaña había tomado cierta prevención a Arturo Menéndez, el director general de Seguridad, porque lo consideraba locuaz e incontenido verbal.

Cuando Santiago Casares Quiroga, el acedo ministro de la Gobernación y fiel colaborador de Azaña, se lo comentó en el Congreso de los Diputados a primera hora de la calurosa tarde del 9 de agosto de 1932, el líder republicano frunció el ceño y acentuó el gesto hosco que le solía acompañar.

—Pero, ¿qué quiere Menéndez?, ¿no será una de esas historias de conspiradores que al final acaban en nada? —rezongó Azaña.

El ministro de la Gobernación se le acercó más y, auxiliado por un gesto inconfundible de su jefe político que ahuyentó a los diputados que lo rodeaban con distintos dimes y diretes, se quedó a solas con Azaña.

Le comentó con ademán de reserva que la amante de un oficial que figuraba entre los conspiradores había revelado a uno de los ayudantes de Menéndez que la tan cacareada sublevación militar que iban a encabezar en Madrid el general Emilio Barrera y en Sevilla el general José Sanjurjo estallarían, por fin, a las cuatro de la madrugada siguiente, la del 10 de agosto.

Azaña miró a su ministro con cara de incredulidad, se quitó las gafas de pasta negra que contribuían a darle aspecto lúgubre, se frotó el ojo izquierdo y, después de volvérselas a colocar, espetó con tono desdeñoso y dando rienda suelta al lirismo que tanto le encandilaba:

—Será una más de las historias que el locuaz Menéndez nos trae y que acaban en insustanciales pompas de jabón.

—No, no creo que esta vez sea como las anteriores. Hay fuertes indicios que inclinan a pensar que estamos ante algo definitivo y que ha llegado la hora —replicó Casares con los rasgos faciales más afilados que nunca.

El político alcalaíno dejó que su mirada vagara sin propósito concreto topándose con la decoración recargada del salón de ministros del Congreso. Allí se había instalado aquella tarde para intentar desbloquear alguno de los aspectos polémicos de los proyectos de ley del Estatuto de Cataluña y de Reforma Agraria, que, a pesar de las dos sesiones diarias —de tarde y de noche prolongada hasta muy entrada la madrugada— que había pactado con el presidente de la Cámara, Julián Besteiro, no avanzaban y, cuando parecía que

lo hacían, nuevos obstáculos emergían en un interminable rosario que amenazaba con agotarlo física y psíquicamente.

Entreverado con sus divagaciones mentales, Azaña escuchó del ministro: «Insisto, señor presidente, creo que debe recibirlo. Algo me ha contado ya, aunque lo procedente es que se lo cuente pormenorizadamente para que usted pueda decidir con los mayores elementos de juicio».

Pero por el momento el prohombre republicano no le hizo caso. Siguió enmarañado en sus recovecos interiores. Recordó fugazmente cuánto esperaba el momento en que los traidores a la República dieran el paso de sublevarse. Los tenía controlados. Los vigilaba estrechamente. Recibía casi al minuto noticias de las reuniones que mantenían. El teatro de la Comedia, los domicilios de Barrera y Sanjurjo, el palacete del conde de Moriles, la finca del duque del Infantado en el Soto de Viñuelas, entre otros lugares en Madrid, y el chalet Casablanca de los marqueses de Esquivel y los hoteles Cristina y Madrid en Sevilla eran objeto de estrecha vigilancia policial, aunque más en Madrid que en la capital andaluza. Aguardaba con ansiedad el momento en el que pudiera machacar el levantamiento y, con la fuerza del triunfo sobre la hidra antirrepublicana, impulsar definitivamente su programa político.

—Que pase, que pase —concedió al cabo Azaña alesteando sus manos regordetas.

Menéndez entró en el salón dando muestras de ansiedad. Algo muy importante le roía las entrañas y contribuía a sentir irresistiblemente la necesidad de soltarlo a la primera autoridad del gobierno para aliviarse de la pesada carga que lo agobiaba. El brillo restallante de su enorme calva y las gotas de sudor que perlaban su oronda cara ponían de manifiesto que el azote del calor había encontrado un destinatario privilegiado en él.

—¿Qué hay de nuevo, Menéndez? ¿Qué nos trae usted con tanta premura y azoramiento según advierto al verlo?

—adelantó el presidente con un meneo de cabeza que agitó la papada que casi engullía el cuello.

Menéndez chasqueó la lengua, tomó asiento siguiendo el ejemplo de Casares y, esforzándose en mostrarse seguro, dio luz verde a toda la verbosidad que sellaba su forma de expresarse.

Emprendió un minucioso relato de lo que Casares había esbozado a Azaña. Bajo la mirada resignada de éste dio detalles relativos a que la amante de uno de los conspiradores se había puesto en contacto con un oficial de la Guardia Civil que prestaba servicios en la dirección general de Seguridad. Temerosos los amantes de las sanciones que podían recaer sobre aquel oficial por participar en las maquinaciones golpistas, ella había suministrado una «valiosísima y muy fiable información», adelantó literalmente Menéndez, a cambio de máxima discreción e impunidad, que él mismo garantizó si los hechos que acabó delatando resultaban ciertos.

—Bueno, Menéndez, no dé usted más contorneos, sea consciente de la elefantiásica tarea que me queda por desarrollar en este infierno parlamentario. Abrevie y hableme de las pruebas, sobre todo de las pruebas —irrumpió el político alcalaíno receloso de la locuacidad de aquel.

Menéndez calló un par de segundos. Pero solo fue un reculamiento táctico porque, molesto por el corte que el presidente le había propinado, optó por largar sin adornos lo esencial de la noticia.

—A las cuatro de la próxima madrugada estallará la sublevación —pontificó bajo la mirada incrédula de Azaña y el gesto ausente de Casares, que había dejado el terreno en manos de los otros dos.

—Pruebas, Menéndez, pruebas que respalden esa confianza— espetó el líder republicano mosqueado por filtraciones anteriores que acabaron siendo fallidas.

El director general de Seguridad respiró hondo y una mueca de satisfacción impregnó sus redondas facciones.

—Dejando al margen pruebas menores que hemos comprobado ya, la amante del conspirador ha puesto en nuestro conocimiento dos hechos que, de cumplirse, no dejarían dudas sobre la veracidad de su confidencia —volvió Menéndez a recrearse en la suerte alejándose de las pocas palabras que el también ministro de la Guerra le reclamaba. Éste tensó la piel de la cara, achicó los ojos y el cosquilleo de la irritación le empezó a trepar por la garganta.

—Menéndez, por favor, don Manuel y yo tenemos mucha tarea ahí fuera y no podemos andarnos con rodeos. Le ruego que acabe de referirse sucintamente a las pruebas que corroboren la información con la que ha venido a buscarnos a esta casa —se interfirió Casares rompiendo el hieratismo de su gélido semblante.

Menéndez acusó el golpe. Un mohín de contrariedad se paseó por sus rasgos faciales, giró ligeramente la cabeza y, posando una firme mirada en Azaña, manifestó como si hubiera cogido carrerilla:

—Primera prueba: reunión de prominentes conspiradores a las cuatro de la tarde en un local al que la confidente se ha referido con el nombre de la Ballena Alegre, situado dentro del café Lion —hizo un alto tanto para llenar los pulmones del aire pesado reinante en aquel recargado espacio como para cerciorarse del efecto que había producido hacer partícipes a sus jefes de un dato tan especial. Los otros no movieron las pestañas conscientes de que el también capitán de artillería estaba esmerándose en sintetizar—. Segunda prueba: a las doce de la noche hay convocada una importante reunión en la calle de Bárbara de Braganza, 11 con algunos golpistas que llegan a Madrid desde otros lugares lejanos de España —terminó casi resoplando por el esfuerzo de lanzar esta retahíla a ritmo acelerado.

En ese mismo instante un ujier vestido con solemnidad pidió permiso para entrar en el salón y comunicar a Azaña que «el señor presidente le reclama en el hemiciclo» dando por sobreentendido como buen funcionario parlamentario, que en aquel recinto el señor presidente por antonomasia era el del Congreso.

Azaña levantó las cejas e hizo un gesto con el que dejó claro al ujier que por el momento estaba ocupado en algo importante y que atendería a Besteiro «tan pronto como le fuera posible», palabras con las que redondeó el gesto.

Encadenó estas últimas palabras con una mirada apremiante a la hora que marcaba el reloj que reposaba sobre una mesa auxiliar adosada a uno de los laterales de aquel suntuoso espacio. Comprobó que estaba a punto de señalar las seis menos cuarto de la tarde.

—¿Y dice usted que la delatora confesó que los conspiradores iban a mantener un importante encuentro preparatorio en los sótanos del café Lion, que adorna el gracioso mural conocido como la Ballena Alegre obra de Hipólito Hidalgo de Caviedes? —volvió a la carga el líder republicano dejando claro lo mucho que sabía de aquel establecimiento.

El desarrollo de la conversación se interrumpió por efecto de la profunda succión que Azaña arreó al pitillo que se consumía en el cenicero de la mesa cercana. En aquellos pocos segundos su activa imaginación revoloteó hasta el sótano, presidido por el mural de dos mujeres luciendo redondeadas formas en la parte superior y sendas colas de ballena en la inferior sobrepuestas a una franja donde se leía en alemán «*Zum Lustigen Walfish*».

—A mí me gusta mucho la Ballena Alegre, ¡de cuántas horas gratas de tertulia he disfrutado allí! Siento mucho que las huellas de los traidores a la República hollen un lugar más dado al pensamiento creativo que a la acción destructora que ellos patrocinan —se explayó Azaña dejando

nuevamente volar su lirismo al recordar el tiempo que había pasado allí con tertulianos como Bergamín, Valle-Inclán y Anselmo Miguel Nieto, entre otros muchos que se asomaron fugazmente a su despierta mente.

Menéndez y Casares callaban contemplando cómo era ahora el otro quien se entregaba a la divagación.

—Pero, dejemos eso aparte y concréteme: ¿han comprobado que efectivamente el encuentro ha tenido lugar? —preguntó, al cabo, Azaña.

—Lo hemos comprobado. Se ha celebrado y aquí está la lista de los asistentes —afirmó Menéndez con determinación mientras tendía un papel donde se podían leer los nombres de los que habían entrado a esa hora en el número 57 de la calle de Alcalá.

—Todos son conspiradores de primera fila —proclamó el presidente después de repasar dos veces la lista puesta a su disposición—. Parece, pues, que esta vez va en serio. Si se confirma la cita de las doce de la noche ya no quedará ninguna duda.

Los otros dos asintieron; el ministro con un ademán que dulcificó sus angulosos rasgos faciales y el director con una amplia sonrisa.

A partir de ese momento la conversación se deslizó con toda rapidez. Menéndez repasó brevemente las medidas de refuerzo de los guardias de asalto acantonados en los acuartelamientos de Carabanchel y de los de la compañía que estaba a sus órdenes directas. «Con respecto a la seguridad en el palacio de Buenavista yo hablaré directamente con Saravia para que tenga conocimiento de los visos de certeza de esta confidencia y extreme allí las medidas de seguridad» indicó Azaña, mientras que se ponía de pie dando por concluido el encuentro.

No hizo falta que llamara al comandante Juan Hernández Saravia. Al salir del salón de ministros para dirigirse al

hemiciclo, Azaña recibió el recado de que este leal colaborador, jefe de su gabinete militar y casualmente también del servicio de guardia del ministerio de la Guerra en aquellas horas cruciales, quería hablar urgentemente con él. Después de que le informara de los últimos rumores de carácter militar y de que, a pesar de la insistencia del presidente en verlo, aún no había conseguido localizar a Sanjurjo, le hizo partícipe de la confidencia y de su marchamo de certeza. Saravia tomó buena nota y aseguró que «todo estaba a punto para sofocar cualquier ataque a Buenavista».

Horas más tarde se comprobó que el soplo de la reunión a las doce de la noche en la calle de Bárbara de Braganza era verdadero.

A las cuatro de la madrugada del 10 de agosto de 1932 y mientras estaban en tensa tertulia Azaña, Saravia, su cuñado Rivas Cherif y su amigo y correligionario Enrique Ramos, estallaron los primeros disparos procedentes del lateral de Buenavista lindero con la calle de Prim.

Azaña aguzó el oído y se le escapó «¡Puf, ya están ahí!». Saravia no abrió la boca, se levantó e, impertérrito, se encaminó hacia su puesto de mando. Los otros dos se quedaron paralizados.

Eran pocos segundos después de las cuatro de la mañana. La delación de la amante del conspirador era, pues, completamente cierta.

II

Una importante página de la agitada historia de España se empezaba a escribir: el desenlace de la conocida vulgarmente como sanjurjada. Sus consecuencias fueron mucho

más allá de su pronto aplastamiento en Madrid y del más premioso en Sevilla, donde Sanjurjo cosechó inicialmente éxito. También fueron mucho más allá del reforzamiento de la política de Azaña que, como él mismo preveía, logró dar un empujón definitivo al Estatuto de Cataluña y a la Ley de Reforma Agraria. Su poderoso eco llegaría, al cabo, hasta la terrorífica guerra civil que estalló en julio de 1936.

